

EL RELOJ DE ELENA TZETNER



La obra de arte más perfecta y aterradora de la humanidad es su división del tiempo.

Elías Canetti,
El suplicio de las moscas.

Lo primero que leí al abrir los cuadernos de Jules Uhlman, entre fórmulas, citas y anotaciones al margen, fue lo siguiente: “el tiempo es una unidad caótica que sólo sirve para ordenar la historia, como las notas de una partitura lo hacen en un pentagrama, corchea a corchea”. Me sonreí y recordé aquella tarde en que Elena Tzetner entró por primera vez en la relojería y Uhlman le soltó aquella perorata sobre el tiempo y la partitura y ella se quedó sin saber qué responder. Los obreros de otra fábrica que cerraba se manifestaban por Ringstrasse, bajo las banderas rojas, silenciosos, abatidos, mientras las primeras nieves del invierno empezaban a caer con lentitud sobre sus hombros. Elena Tzetner era mínima y frágil, pero se abrió paso entre la multitud, a empujones, con decisión, llevando su reloj entre las manos. En otro tiempo, la relojería había sido un despacho de abogados, pero gracias a la deva-

luación, Schulz lo había podido comprar por un puñado de marcos y lo había reformado manteniendo su aire decadente de *fin de siècle*. En el umbral, todavía sin abrir la puerta, Elena se quedó mirando los artesonados del techo y las estanterías de roble, repletas de relojes averiados, mutilados muchos, sin péndulo, sin manecillas, con las esferas machacadas o los muelles saltados por fuera. Luego entró. Pisaras por donde pisaras, todo estaba lleno de arandelas, casquillos y manchas de grasa y petróleo. Los relojes funcionaban colgados aquí o allá, algo desfasados, formando un eco anárquico, como un corazón lleno de arritmias. Parecía fascinada por aquel espectáculo de mecanismos desaparejos. Llevaba un gorro austriaco y un grueso abrigo de piel lleno de pequeñas motas blancas. Uhlman, que en ese momento ordenaba el escaparate, le ayudó a quitarse el abrigo, mientras dejaba el reloj sobre el mostrador. Debajo, la muchacha llevaba un vestido azul de una pieza que se ajustaba con sencillez a su cuerpo, todavía núbil. “Muy amable”, dijo Elena Tzetner. Su piel blanca, casi enfermiza, contrastaba con su pelo largo y rizado y con el óvalo de su rostro, aniñado e infantil. Si una palabra podía resumirla era, sin duda, fragilidad. He leído muchas veces este adjetivo en el cuaderno de Uhlman para referirse a Elena Tzetner. Por

entonces Uhlman todavía no sabía que Elena era una de las Tzetner. Fue algo más tarde, cuando leyó la inscripción en el reverso de la esfera, *familia Tetzner proprietas*, cuando se dio cuenta de que hablaba con una duquesa y se puso nervioso y se dirigió a Schulz para contarle quién acababa de llegar y qué quería que hiciera. Uno piensa que una duquesa debe ser una mujer engreída, aristocrática, inseparable de su caniche, con broches de porcelana en el escote y un libro de oraciones en el bolso, por eso, porque Elena Tzetner no tenía nada que ver con ese tipo de duquesa, Schulz pensó que Uhlman daría la talla a la perfección. ¡Cómo podía saber en aquel momento las consecuencias que nos acarrearía aquella decisión!

En las estanterías del fondo, justo donde se sentaba Uhlman, se agolpaban los relojes desahuciados y aquellos cuyos mecanismos estaban tan deteriorados o eran tan extravagantes y difíciles de encontrar que arreglarlos era un despropósito. Un reloj de farol japonés, por ejemplo, una mala imitación de un Luis XV, un reloj astronómico con el péndulo centrífugo. Nada más verlo, Uhlman supo que Elena Tzetner traía uno de esos relojes únicos, sin réplica en el mundo y que debía costar una fortuna. Era un precioso reloj de bronce, cubierto de polvo, con escudos heráldicos

grabados en la base y dos hermosas muchachas sujetando la esfera de porcelana. Las dos esculturas, talladas en cuarzo blanco, formaban una sugerente y desnuda simetría. Una de ellas tocaba una flauta y la otra, mirando hacia la esfera, un laúd o lo que parecía un laúd. Elena le dijo a Uhlman que lo había encontrado por casualidad en el desván de su abuela, entre las válvulas de una vieja radio y varias botellas de calvados, en el arcón de las novelas eróticas a las que tan aficionado había sido su abuelo. Dijo que le faltaban algunas piezas y que dudaba que pudiéramos hacer algo por él. Uhlman le echó un vistazo al reloj y le dijo que no debía preocuparse, que el tiempo sólo era algo caótico y que había que saber interpretar la partitura. Ya digo, Elena Tzetner le miró a los ojos y sonrió, coqueta, sin saber si le hablaba en serio o le tomaba el pelo. Sostuvieron la mirada así, durante unos segundos y de repente ella estalló en una carcajada. Pensamos que Jules se enfadaría y le largaría una de las suyas pero, después de un instante, también él empezó a reír. Todos mirábamos la escena sin comprender. Elena Tzetner le tendió un anticipo de diez marcos y demoró el contacto de sus manos. Todos lo vimos y todos nos dimos cuenta del juego infantil que se traían. Elena Tzetner no dijo mucho más, desplegó su sonrisa

coqueta y se fue, dejando a Uhlman con la palabra en la boca. Al rato, se retiró a su puesto, encorvado, confuso, ajustándose la visera y estudiando con detenimiento el reloj que llevaba entre las manos, como si fuera un castillo de naipes a punto de desplomarse. Apartando con el brazo el desguace que había sobre su mesa, lo puso allí, como si los demás encargos hubieran dejado de tener importancia. Trabajó en ese reloj más que en ningún otro. Se pasaba las horas con las pinzas entre los engranajes, con la lente ajustada, abstraído, sin hacer caso de nuestros comentarios malintencionados. Sin duda a Uhlman le gustaban las mujeres extrañas como Elena Tzetner. Sólo así podía explicarse que trabajara por encima de horarios, sin tregua, como si fuera contra reloj, como poseído por una fuerza invisible. Muchas mañanas, cuando el primero abría la tienda, él ya estaba allí, sobre el reloj, operando los mecanismos, ajustando el péndulo o afinando el carillón. Pudimos oír, durante aquellos días, como el sonido metálico y hueco de la caja de melodías se iba convirtiendo en algo muy parecido al *Jagdlied* de Schumann sin llegar a serlo. Me consta que sustituyó muchas piezas utilizando los relojes desahuciados, incluso algunas las expolió del reloj astronómico, y otras las fabricó él mismo, con la lima y mucha paciencia,

a partir de láminas de acero, latón y cobre y un buen día, cuando todos empezábamos a pensar que el reloj nunca funcionaría, nos informó de que lo iba a poner en marcha y quería que viéramos el milagro. Uhlman solía ser bastante modesto en sus comentarios, por eso nos extrañó que dijera “milagro” como si él fuera un dios y hubiera resucitado a Lázaro de Bethania. Lázaro de Bethania, por ejemplo, aparece a menudo en los cuadernos de Uhlman, en notas al margen, casi al final, como una obsesión. Aquella mañana le vimos darle cuerda, girando con precaución, tensando la espiral con un sonido engrasado, sutil, sin demasiada fuerza, dos, tres vueltas, no más. Luego se apartó y esperamos unos segundos con el alma en vilo y las manecillas, que habían permanecido años, decenios, quizá algún siglo, entre las muchachas en sepia del abuelo Tzetner, empezaron a girar, un segundo, otro y así hasta que el minuterero completó su giro. Usando una de las frases favoritas de Uhlman, aquel reloj era “el tiempo en estado puro” y su sonido era la “respiración de la historia”. Él siempre con sus cosas. Alguien rescató de algún sitio una botella de *champagne* y brindamos por la rehabilitación del reloj. Uhlman odiaba las alabanzas y los cumplidos, sin embargo, aquella tarde, le vimos satisfecho, estrechando la mano, aceptando palmaditas

en la espalda y riendo con nuestros disparates. Fue el propio Schulz el que, aprovechando un silencio en la algarabía, tras el brindis, le sugirió “¿por qué no le llevas directamente el reloj a la señorita Tzetner?” Todos reímos la ocurrencia. Uhlman bajó la vista mientras Schulz le palmeaba el hombro, socarrón, “seguro que en el resguardo ha dejado su dirección y se alegra mucho de ver su reloj sin aguantar los disturbios de esos malditos socialistas”. Uhlman tomaba demasiado café y fumaba de cuando en cuando, quizá por eso se cepilló los dientes y se peinó antes de salir de la relojería. Muchos nunca le habíamos visto así, hecho un pincel. Caminaba algo escorado, como el pirata Silver, vestido con su traje oscuro y decimonónico, dejando tras de sí como un rastro a mentol y agua de rosas y cuando se cerró la puerta y se extendió el silencio, Schulz nos dijo que podíamos volver al trabajo.

Uhlman era muy reservado, pero a la mañana siguiente, siempre puntual, accediendo a nuestras rogativas, nos contó cómo había sido la entrega. Uno piensa, empezó a decir, que una duquesa vive en una mansión, rodeada de lujo, en las afueras, arrebatándole un trozo al propio bosque (¿por qué Uhlman siempre narraba en negativo para referirse a Elena Tzetner?). Nos dijo que pensaba que un hombre con gorra le saldría al

paso con su rottweiller y le preguntaría, con malos modales, a dónde creía que iba y que él tendría que explicarle lo del reloj, lo de la señorita Tzetner y lo de que, por fin, después de dos semanas, había conseguido que funcionara. Por eso le extrañó tanto que viviera en una de las modestas habitaciones del hotel Schieller, en apenas cuarenta metros cuadrados, con una estantería llena de libros, una cama y un gran balcón, siempre soleado, que daba, eso sí, al café Central, con su bullicio y sus escaparates de vidrio cromado. También aquí, para hablar de los escaparates, mencionó la fragilidad. Elena Tzetner se mostró impresionada del resultado cuando le entregó el reloj, dijo Uhlman. Es como una crisálida. Esa fue la palabra que Elena usó para hablar del reloj, crisálida. Luego, sentados en la mesa del salón, frente a dos cafés con leche, el de ella corto de café, Uhlman le fue indicando las reparaciones que una a una, había realizado, señalándolas con el dedo, bajando por la espalda de una de las figuras, demorándose en la cintura, rozándole el lateral, el muslo, siguiendo el rastro de un latigazo imperceptible. Le enseñó el engranaje romo que había sustituido por otro, el puente que ahora sonaba a la perfección y la esfera que había esmaltado con porcelana líquida, le dijo, y cuando se quiso dar cuenta y estaba en mitad de la

frase sus rostros se encontraron demasiado juntos. Demasiado no es la palabra más adecuada, pero Uhlman no dejó opción a otra, porque se interrumpió y solemne, como si quisiera rectificar lo desacertado de sus comentarios, dijo, “luego me despedí y me fui a casa”. Pero conociendo a Uhlman teníamos bastantes motivos para creer que hubo algo más y que lo ocultó por mera discreción.

Muchos pensaron que la historia de aquel reloj había terminado pero yo sabía que no había hecho otra cosa que empezar. Aquella misma tarde Elena entró en la tienda. Parecía trastornada, como si recuperara el resuello de una carrera y tosía todo el tiempo. Cuando buscamos a Uhlman con la vista, vimos que su puesto estaba vacío y que, en el aire, se había extendido aquel olor insufrible de mentol y rosas. Traía el reloj de nuevo y solicitó hablar con Uhlman, sólo con él. Cuando le encontramos al fondo, donde los relojes desahuciados, con su traje polvoriento, consultando un grueso catálogo de piezas alemanas, se hacía el distraído, como si no la hubiera oído llegar. Caminó con lentitud hacia el mostrador, escorado, con la mirada baja. Todos lo oímos. Elena Tzetner le informó que el reloj se atrasaba o se adelantaba sin lugar a dudas y le mostró la esfera del reloj, en la que las manillas se movían,

ahora, a velocidad de vértigo. Uhlman se mostró algo turbado (yo diría que molesto) y rascándose la coronilla le preguntó cuándo había notado el problema. Elena Tzetner le explicó que aquella mañana, antes de salir de su casa, cuando había consultado el reloj para acudir a su cita con el doctor... y ahí rectificó, tosiendo de nuevo y dijo que, cuando pasaba por el reloj de la plaza de San Esteban, se dio cuenta de que llegaba tarde y de que el reloj de casa estaba atrasado. Por eso apretó la marcha y por eso, ahora, se encontraba en aquel estado, incapaz de recuperar el resuello. Al llegar a Josefplatz, continuó, vio como un revuelo de personas se agolpaba en el portal donde el doctor tenía su consulta. Había varias ambulancias y un cuerpo tendido en el suelo, cubierto por una sábana blanca. Al parecer, el ascensor se había desprendido del cable y la cabina se había precipitado al foso. “Se puede decir”, concluyó Elena, “que el reloj me salvó la vida”.

Uhlman se limitó a mascullar algo sobre las anécdotas del tiempo y se retiró a su puesto mientras Elena se marchaba, más tranquila. Uhlman se pasó la noche en la relojería y a la mañana siguiente le oímos mascullar, mirando la esfera y las agujas y anotando en un papel, con el ceño fruncido. Yo me sentaba cerca de él y pude ver como dibujaba en el cuaderno rayitas vertica-

les, como si contara los días que le quedaban para cumplir una condena. Me pidió el metrónomo que utilizamos cuando los intervalos del reloj no se corresponden con el segundo estándar o cuando sospechamos que el mecanismo tiene una holgura temporal. Podía escuchar el clac clac a mi espalda, como una percusión continua, medida. A veces, Uhlman golpeaba el suelo con la bota o hacía ruidos con los nudillos sobre el tablero de la mesa. Cuando le miraba le veía afirmar o negar con la cabeza, revolviéndose el pelo, incapaz de dar con la solución al problema. Y fue a partir de entonces cuando el reloj se convirtió en una obsesión y Uhlman empezó a desvariar. Mi relación con él era distante, como la de todos los demás, sin embargo, entre nosotros había una rivalidad afín. Yo era mucho más joven y pertenecía a otra generación, más moderna y pragmática, pero por algún motivo que desconozco, él me respetaba.

—Me gustaría enseñarte algo —me dijo un día frente al reloj. Luego, con el dedo, señaló hacia la esfera—. Al principio creí que sería la espiral, que estaba mal ajustada y adelantaba... pero luego observé que otras veces atrasaba. Es algo demasiado novedoso para mí.

Yo pensé que un reloj del siglo XIX puede ser de todo menos novedoso, pero él insistía.